

# EL ANGEL DEL HOGAR,

PAGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

Bajo la direccion de

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

**Sumario.** *Hija, esposa y madre*, continuacion, por María del Pilar Sinués de Marco.—*El estío*, poesia, por María del Pilar Sinués de Marco.—*Margarita de Servan*, conclusion, por la condesa de Mirabeau.—*El lucero de la tarde*, continuacion, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—*Esplicacion y aplicacion del figurin*.—LÁMINA.—Un figurin de modas.

## HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE PRIMERA.

### HIJA.

(Continuacion).

XV.

CESAR Á CAMILO.

Si amo á Clara ó no, no eres tú quien debe decírmelo.

Si la haré dichosa ó infeliz, tampoco eres tu buen juez para decidir un delicado asunto.

Tu me reprendes, y no hay en el mundo hombre mas débil, mas impresionable, mas esclavo de sus pasiones, ó por mejor decir, de sus sueños.

¿Qué vale mas en la vida, ir probando si se puede amar, ó amar de veras, y á lo menos tener ocupados el corazon y la cabeza?

Tu, Camilo, entregado á todo lo que tiene la vida de mas bello, á los placeres, á las diversiones, eres el que me juzgas y me reprendes?

Tu crees poder decir—así debe ser un esposo: esto debe hacer: esto debe sentir: así debe obrar: esta ha de ser su vida:—¡oh, vanidad estúpida y ciega! cástate, Camilo: cástate, porque quiero ver pronto hasta qué extremo haces desgraciada á tu esposa, y que tu veas como la mia es feliz y respetada.

No te negaré que seré exigente, y aun algo imperioso: no te negaré que deseo en mi mujer cualidades que no sé si las otras mujeres poseen: ¿y qué menos puedo pedirle que bondad y

AÑO I.—NUM. 26.

resignacion? ¿qué menos he de desear que un amor constante y sufrido? creo que valgo, y tal vez por eso soy poco propenso al amor, y tengo el corazon casi vírgen de impresiones.

Dentro de pocos dias salgo para ir al lado de mi madre; ¡cómo deseo abrazarla! ¡cuánto recuerdo sus costumbres cristianas y patriarcales, la cortesía que nos exigia á mí y á mi pequeño hermano, las buenas formas á que nos obligaba!

Mi madre, severa, activa, mesurada, respetable, es para mí el bello ideal de la mujer: por eso me agrada Clara; creo que existe entre las dos alguna semejanza.

Una persona hay aqui, á la que no puedo soportar: es la madre de mi prometida esposa: ella me mira con recelosa desconfianza, y no disimula cierta altiva inquietud que la aqueja: no me agradan las mugeres que á esa edad conservan, como la condesa, todas las bellezas, como la del rostro, la del alma y la del talento: quiero mejor que las señoras mayores sean como mi madre, la que está tan entregada al cielo, que pocas cosas vé ya de la vida.

A pesar de mi próxima dicha, debo confesarle que me aburro: todo el dia estoy oyendo hablar de trajes, de sombreros, de encajes: el equipage que se prepara para Clara, es magnífico: ella gusta de probarse ante el espejo los vestidos que ya le traen hechos, con gran disgusto de su madre, que desearia que ella misma se los confeccionara.

Dícese por acá que la fortuna de la condesa de Campoverde ha venido á reducirse mucho, y tal vez por eso mismo este casamiento ocasione grandes gastos á la madre de mi prometida esposa.

Ayer al entrar en el salon ví á Clara leyendo una carta con mucha atencion: le pregunté que de quién era, y me dijo presentándomela:—Es de Mélida.

Mélida es su hermana menor, nada bonita, si bien un ángel del cielo, segun he oido decir por acá, pero ese ángel está de más en el mundo  
16 DE JULIO DE 1864.



para mí; soy de opinion que la belleza debe ser ante todo, por mas que sea una cosa muy efímera.

Tambien las rosas duran poco, y sin embargo, se las busca y se las ama.

Leí la carta, contra mi gusto, pues no me agrada leer cartas que no me interesan: no obstante, á poco de tenerla en las manos llamó mi atencion cierta cosa de su contenido. Mérida hablaba en ella á su hermana de otra jóven compañera suya de pension enferma de una melancolía mortal: describíale en ella su belleza con tan mágicos y delicados colores que no pudo menos de interesarme.

«Tú, le decia, hace ya largo tiempo que no ves á Valentina: figúrate una cara de nieve, alumbrada por dos grandes ojos azules, con cejas y pestañas negras; una cabellera de ébano bruñido, una boca de coral y perlas; una frente modelada por las gracias: una garganta de nácar, y el talle mas esbelto y delicado.»

«La gracia de Valentina es incomparable: su risa la mas dulce, y el eco de su voz parece un canto.»

«Si la vieras, te parecería una pobre y triste sombra y la compadecerías profundamente.»

Hé aquí, pensé al acabar de leer esta carta, hé aquí la mujer con quien tanto he soñado, ese es mi bello ideal: ¡cuánto diera por saber la causa de su pena, y qué dulce y grato debe ser el consolarla!

Sí, Camilo: por mas que tú digas, hay en mí alguna cosa que me arrastra al desgraciado de un modo irresistible, y sobre todo, si el ser que padece es una mujer hermosa: si uno consigue que le ame una mujer melancólica ¡cómo puede contar con su amor, y qué esclusivo y apasionado debe ser! no debe haber en el mundo placer igual al de oír decir á la mujer que se ama:

—¡Todo te lo debo á tí!

Quiero decirte la verdad: ahora deseo, mucho mas que antes, ir á Urrea, pobre y pequeño pueblo, donde se eleva el castillo señorial de mi familia.

¿Qué tendrá esa bella Valentina?

¿Por qué llorará, se quejará y estará enferma de melancolía?

¿Serán acaso las suyas penas de amor?

Eso tampoco me parecería extraño, siendo, como es, tan bella y seductora.

Hija de unos labriegos, y viviendo triste y sola esa jóven, adoraría al que la elevase á una posicion brillante y consolase los sinsabores de su vida.

De esas mujeres reconocidas salen las esposas buenas, y esas son las que son siempre ejemplares, cualquiera que sea el método de conducta que con ellas se siga.

Si yo me casara con una jóven como esa Valentina, me lo debería todo y solo estaria sujeta á mi voluntad.

Clara, por el contrario, se cree mi igual, y quizá tiene razon: todo la acerca á mí, y la encumbran además su talento y su brillante educacion.

Me ama mucho, no puedo ni quiero negarlo; pero es con cierta especie de autoridad y como diciendo:

—Válgo mas que tú.

Pero no importa: yo sabré doblegar ese orgullo y hacerle humillar al amor: no me atemoriza este casamiento, pero tampoco el deseo que se abre una página del libro de mi destino, y que en él se van á escribir los caracteres de otra nueva fase de mi vida. ¿Cómo será esta página? ¿Negra? ¿rosada? veremos.

Me casaré en Urrea: ya que vas á salir de París, adelanta tu viaje, y ven á este pintoresco pueblecillo, donde la naturaleza ha sacudido su manto de flores.

CÉSAR.

(Se continuará).

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

## EL ESTIO.

Del suelo americano tornó la golondrina;  
La fuente yace seca, callado to lo está,  
Y lánguidos los tallos de las gallardas flores,  
Segadas mieses solo la vista encuentra ya.

No hay arcos de verdura, ni pájaros cantores:  
Las hojas de los árboles inmóviles se ven;  
Y lánguidos los tallos de las gallardas flores  
No están ya columpiados del céfiro al vaiven.

Dejadme aquí, á la márgen del caudaloso rio,  
Los trinos escuchando del dulce ruiseñor,  
Que anida en la enramada del fresco bosque umbrío  
Y entona á sus hijuelos un cántico de amor.

Dejadme, que yo busco la soledad del campo  
Y de la selva espesa la calma y magestad;  
Del sol no me fatiga el luminoso lampo,  
Que anhelo cielo estenso, luz pura y claridad.

¡Estío! ¡Estacion bella de noches deliciosas,  
De aromas saturadas, de músicas y amor!  
Mi espíritu no aduermen tus horas misteriosas:  
Si el cuerpo pierde vida, la mente cobra ardor.

¡Estío! Fiebre ardiente que la potente mano  
Del rey del cielo y tierra á la natura dió:  
¡Estío! Sueño inerte de todo ser humano,  
¿Por qué te temen todos y tanto te amo yo?

¿Por qué una nueva vida infundes en mis venas?  
¿Por qué con ansia loca tu sol quiero mirar?  
¿Por qué se huye el recuerdo de mis pasadas penas  
Y por quimeras dulces me siento acariciar?



No temo la tormenta que forjan tus ardoros:  
No miro amedrentada el negro nubarrón,  
Que, en lluvia reventando, desata sus furoros;  
Ni temo de los truenos el retumbante son.

¡Con cuánto afán contemplo el ímpetu y bravura  
Con que se agita y crece la fiera tempestad!  
Entonce, al rey del cielo, sin medio ni pavora,  
Admiro en su imponente, sublime magestad.

¡Estío! Emblema puro de mi ardorosa mente:  
De amor y de emociones espléndida estación,  
¡Bien vengas con tu lumbre y tu mirada ardiente  
Que anima con sus rayos mi joven corazón!

¡Bien vengas con tus horas de calma, silenciosas!  
¡Bien vengas con tus tardes de furia y tempestad!  
¡Bien vengas con tus noches tranquilas, deliciosas,  
Que baña de la luna la tibia claridad!

¡Tus noches! ¡Breves horas, de estrellas alumbradas  
Y llenas de perfumes, de músicas y amor!  
¡Veladas, de recuerdos purísimos rodeadas,  
En que acaricia amante el céfiro á la flor!

Tus noches que ilumina la lámpara del cielo  
Si por su luz bañados los álamos se ven:  
Tus noches en que canta la tórtola su duelo  
¡Oh, estío! simbolizan la gloria del Eden.

Yo encuentro en tus auroras la plácida inocencia  
Que es savia de la vida al pecho juvenil:  
Y en tus calladas noches la bienhechora esencia  
Con que sedienta el alma se forja sueños mil.

¡Estío! Emblema puro de mi agitada mente,  
¡Bien vengas con tus tardes de furia y tempestad!  
¡Bien vengas con tu lumbre y tu mirar ardiente!  
¡Bien vengas, que en tí admiro de Dios la magestad!

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

## MARGARITA DE SERVÁN,

POR

la condesa de Mirabeau.

(Conclusion.)

### XI.

Poco despues llegó Margarita: llevaba consigo un almohadon de tapiceria que habia bordado para su tía y que le regalaba, pues era el dia de su cumpleaños.

Pero Mme. de Courtavel se hallaba aquel dia de malísimo humor: á pesar de su poco entendimiento, habia llegado á comprender desde la víspera los sentimientos del marqués, y veia que la presa, que tanto habia codiciado para su hija, se le escapaba de entre las manos: á la ruindad de sus sentimientos, le era imposible el perdonar á la huérfana su triunfo, y la distincion de que habia sido objeto.

La recibió muy friamente, y apenas echó

una ojeada desdeñosa sobre el cogen que Margarita le presentaba, y que tuvo que dejar á su lado, porque ni aun se dignó tomarle.

Lucía entró en aquel instante y vió que los ojos de Margarita estaban llenos de lágrimas: la presencia de su prima allí la contrarió y la irritó: ella no sabia el por qué: mas solo podia mirar á aquella dulce niña bajo la forma de una enemiga.

Dirigióle una mirada dura y llena de encono y dijo con altivez:

—¿Acaso mi madre os ha rogado que viniéseis, Margarita? Debo deciros que nosotras estamos hoy ocupadas en asuntos de grave interés: vos sabeis que me caso, y que vuestra presencia debe sernos molesta, cuando no la hemos buscado: retiraos, y cuando se desee vuestra compañía se os hará saber.

La señorita de Serván quedó pálida, inmóvil, y como herida de un rayo al oír estas indignas y crueles palabras: ¡jella despedida de aquella casa que habia sido la suya! ¡jella ultrajada así! yerta de espanto ante aquel insulto, se apoyó en la pared temiendo que las fuerzas la abandonasen.

Unos brazos amigos acudieron á sostener á la desgraciada huérfana: eran los de la condesa d'Ericy, que acababa de entrar con el marqués, y que se habia conmovido hondamente ante el insulto inferido á Margarita.

—Gracias, señora, dijo en voz baja á la condesa Mr. de Saint-Servé: obráis como quien sois consolando á esta noble y desventurada niña: á no ser por ella, ni vos ni yo deberíamos sentir lo que acaba de hacer Mlle. de Courtavel, puesto que nos dá armas para efectuar nuestra retirada con los honores de la guerra.

Lucía se volvió, y su turbación fué estrema al notar que su arrebato habia tenido dos testigos, y al reparar en la despreciativa mirada con que la midió el marqués.

En tanto que Mme. d'Ericy hacia sentar á Margarita, acercaba á su nariz su frasquito de sales y le prodigaba los cuidados necesarios para que no acabase de perder el conocimiento, el marqués se dejó caer en un sofá y pareció reflexionar profundamente.

Pensó que se hallaba sin familia, fatigado de su aislamiento: que habia creído hallar su felicidad en el matrimonio, y que esta se le habia huido como tantas veces; que habia buscado por largo tiempo una compañera digna de su amor, y que solo habia hallado jóvenes con el corazón seco y el espíritu calculador.

Solo Margarita era el rayo de blanca luz que habia atravesado las tinieblas de su camino: y la amargura de que su alma se hallaba



llena, se había fundido bajo su mirada como se funde la nieve á los rayos del sol.

Un movimiento de la misma Margarita le distrajo de sus reflexiones.

La jóven se levantó y estrechó las manos de la condesa para darle gracias por sus cuidados: despues atravesó el salon lentamente; pero con el paso firme de una mujer, que no piensa volver jamás bajo el techo en que ha recibido una humillación: ni una palabra, ni una mirada dirigió á su prima: pero en el instante de traspasar el umbral, se volvió, y dirigiéndose á las paredes que habian abrigado su infancia, y donde tan vivo existia para ella el recuerdo de sus padres, pronunció con voz ahogada por el llanto la palabra ¡Adios!

Entonces se levantó el marqués con la frente altiva: leíase en sus ojos, como en un espejo, una resolucion suprema.

—No es á todos los que nos hallamos aquí, dijo, á quienes dirige la señorita de Serván esta palabra de despedida: por mi parte, me prometo estar dentro de una hora en el presbiterio.

—¿Y qué vais á hacer allí? preguntó irónicamente Mlle. de Courtavel.

—Voy á pedir al venerable cura de Serván que me conceda la mano de la niña abandonada, á quien él acogió y que vos acabais de arrojar de la casa donde ha nacido y han muerto sus padres.

Margarita es hoy marquesa de Saint-Servé, y es tan dichosa como se puede ser en la tierra: su esposo la adora como el primer dia, y la llama *El ángel de su guarda*.

Lucía de Courtavel creyó vengarse casándose con el primer advenedizo que se le presentó: hoy tiene entablada su demanda de divorcio.

(Arreglo del francés.)

MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

## EL LUCERO DE LA TARDE.

(Continuacion).

El señor de Padilla salió de la habitacion seguido de aquel hombre, y dejando á Luisa inmóvil y muda, aterrada ante aquella nueva é impremeditada desgracia.

—¿Qué es esto, Dios mio? murmuró en medio de su dolor. ¡Pablo acusado, preso! y ¿por qué? Mi padre no ha querido decírmelo. Pero él es inocente, sí; estoy segura de ello. ¡Oh! ¿quién

podrá explicarme lo que ha pasado? ¿quién sabrá?...

En aquel instante, un pensamiento acudió á la mente de la pobre Luisa. Julio, su hermano, era quien podia descubrir el velo que ocultaba á sus ojos aquel misterio.

A él, pues, fué á dirigirse, y para ello salió de su habitacion y se encaminó en busca del jóven que á la sazón se hallaba en su cuarto.

Él, que no la esperaba entonces, se levantó sobrecojido y le preguntó con afán:

—¿Qué es eso, Luisa? vienes trémula, descolorida; qué tienes, hermana mia?

—¡Julio! ¡Julio! en nombre de Dios, díme la verdad.

—¡La verdad! ¿de qué? ¿qué quieres decir? exclamó el desgraciado hijo de Padilla, que en cualquier circunstancia creia encontrar una acusacion que publicase su delito.

—¡Oh! tú has ido con nuestro padre y lo sabrás todo.

—Pero explícate.

—Han acusado á un hombre.... no sé de qué; pero si sé que le han preso y que es inocente.

—¿Mas tú...?

—Yo.... yo daria mi vida por salvarle.

—¿Mas quién es? preguntó Julio con estrañeza.

—Es Cisneros; pero tú sabes de qué le culpan y exijo de tu amor que me lo digas.

El jóven titubeó: no podia resolverse á decir que era por la muerte de Herrera por lo que habian puesto en prision al hombre por quien tanto se interesaba su hermana.

Al cabo, despues de una pausa, balbuceó:

—Creo.... creo que es por un asesinato cometido ayer tarde en el camino de Irache.

—Un asesinato! ¡él!

—Sí; eso es.

—¡Y ayer tarde! ¡Oh! es mentira, es una horrible calumnia.

—Todas las pruebas están contra ese hombre. Además á nadie sino á él vieron por aquellos sitios: tambien se han encontrado unos papeles, que le pertenecen, en el lugar donde sin duda pereció un amigo de nuestro padre.

—¡Oh! exclamó Luisa; los que Clara olvidó: ¡desgraciado! pero yo iré.... yo diré....

—¡Hermana mia!

—Sí; yo diré que Pablo estuvo á mi lado, que... ¿quién sabe? acaso podré nombrar á otro, á quien ví en la alameda del molino recatándose cuidadosamente.

—Luisa, ¿qué quieres decir?

—Hablo de Adrian, de tu amigo; de ese hombre que bajo el sagrado de tu afecto se ha introducido en esta casa, pero cuya presencia me inspira terror.



—¿Y tú le viste?... preguntó Julio terriblemente alarmado y mirando á la jóven con ansiedad.

—Sí, estaba allí; pasó ocultándose entre las ramas. Yo creí que solo trataba de espiar mis pasos, pero me engañé. El estaria allí con otro objeto.

—¿Mendoza?

—El mismo; y puesto que ya sé de qué se trata, hablaré á nuestro padre, se lo revelaré todo.

—¿Tú? ¿tú? ¡Oh! guárdate de ello; guárdate de decir nada concerniente á Adrian.

—Y ¿por qué?

—¿Por qué?... yo no puedo explicarte nada mas; pero por mi cariño, por la memoria de nuestra madre muerta, te ruego, Luisa, que no te mezcles para nada en este asunto.

—Mas ¿y si Pablo?...

—El es inocente, y aunque las apariencias le acusen momentáneamente, saldrá victorioso de la prueba.

—Pero ¿si le condenasen?

—¡Oh! entonces... entonces podrás obrar como mas te plazca.

La jóven miró á su hermano con ojos estraviados: nada comprendia de cuanto pasaba en derredor suyo, pero sentia que sus ideas vacilaban entre encontrados pensamientos.

Al fin, aterrada y confundida se alejó de allí, y fué á esperar, rogando á Dios, en el fondo de su solitario gabinete.

Apenas la esposa de Pablo salió de la habitacion de su hermano, la puerta que desde allí comunicaba con la alcoba de Mendoza se abrió lentamente y dió paso á un hombre.

Aquel hombre era Adrian; Adrian que todo lo habia oido, y que con aire ceñudo y amenazador murmuró:

—¿Con que Luisa me aborrece? ¿con que sospecha de mí?

Julio que se hallaba hundido en un sillón con la frente oculta entre las manos, alzó la cabeza al eco de aquella voz y dijo sombriamente:

—¿Acaso has oido?...

—Todo.

—¿Y qué piensas hacer?

Adrian guardó un instante de silencio, despues respiró, mientras una sonrisa irónica y siniestra arqueaba sus lábios:

—¡Oh! yo sin violencia alguna sabré obligar á tu hermana á que guarde este secreto.

—¿Tú?

—Sí; te lo juro.

—¿Mas?...

—Voy á salir algunos instantes de casa: procura que durante este tiempo ella no hable á tu padre, y yo respondo de lo demás.

—Pero, Adrian...

—Valor, Julio: la fatalidad ó la suerte nos han lanzado en una senda, en la cual es preciso seguir adelante sin vacilar. Busquemos los medios y no retrocedamos ante ninguno: es forzoso. Adios.

—Pero me dejas.

—Sí, ya te he dicho que necesito estar seguro de la discrecion de Luisa, y voy á buscar el modo.

Y sin añadir una palabra mas, salió de la habitacion, mientras Julio, cada vez mas ligado á aquel hombre, mas dominado por su influencia, le veia en silencio desaparecer.

Adrian salió á la calle: pareció vacilar un momento, pero despues, rápido y decidido, emprendió el camino de la cabaña de Marta.

#### CAPÍTULO X.

El sumario de la causa de Pablo fué instruido con la mayor rapidez. D. Alonso, que ignoraba cuán interesados se hallaban sus hijos en ella, queria desplegar en la averiguacion de aquel delito un celo y una actividad sin igual.

Luisa, llena de inquietud y sobresalto, pasó la tarde en su aposento, atenta al mas pequeño rumor que llegaba á su oido, y anhelando adquirir alguna noticia que le diese conocimiento de la suerte de su esposo.

Este, que descuidado y lleno de esperanzas habia vuelto á pisar su suelo natal, fué preso á los primeros pasos que dió en él, y aunque inocente y sin conocimiento alguno de la culpa que se le imputaba, sentia doblemente este contratiempo, pues retardaba su felicidad, y le impedia ver á Luisa.

Sin embargo, como en su conciencia no hallaba nada que pudiera turbar su paz, esperaba confiado la hora de defenderse, seguro de que nada tenia que temer.

La jóven, por el contrario, temblaba que aquella infinidad de circunstancias que se habian reunido para acusarle, causasen su perdicion, y se hallaba resuelta á manifestar cuanto sabia, tan luego como juzgase que Pablo necesitaba su apoyo.

Adrian habia vuelto despues de algunas horas, y esperaba una ocasion de hablar con Luisa, para saber el partido que pensaba tomar, no dudando del interés que la inspiraba Cisneros.

El momento que aguardaba llegó bien pronto, pues la ocupacion de D. Alonso y la desesperacion de Julio alejaban á ambos del lado de la jóven.

Hallábase, pues, esta sola en su habitacion



cuando Mendoza solicitó el permiso de hablarle un instante.

—Dios mio, murmuró Luisa; ¿qué me querrá ese hombre? Y despues de una lijera pausa, haz que pase Clementina, dijo á la doncella que habia llegado á anunciarlo.

Adrian no se detuvo y se presentó ante la esposa de Pablo con una espresion audaz y tranquila.

—Perdone V. que la moleste, señorita; pero como tenemos que tratar asuntos de la mayor gravedad....

—¿Nosotros? preguntó ella con la mayor estrañeza.

—Sí, contestó el amigo de Julio sin turbarse; nosotros dos: por eso he aprovechado esta circunstancia en que cada uno está preocupado con sus propios pensamientos, y en que nadie llegará á interrumpirnos.

Luisa alarmada por tal exordio y temiéndolo todo de aquel hombre:

—Hable V., caballero, ya le escucho, dijo á su pesar.

—Ayer tarde nos vimos donde ni uno ni otro lo esperábamos, y este hecho, sencillísimo en otro cualquier momento, ha venido á ser ahora de una importancia tal, que nos obligará á ser los mas cariñosos amigos del mundo, ó á odiarnos eternamente.

—No comprendo...

—Yo he debido á esto sorprender un secreto del mayor interés para V., y V. en cambio sospecha alguna cosa de mí, y esta sospecha manifestada hoy, pudiera traerme acaso consecuencias fatales.

—¡Ah! ¿y ese es el motivo?...

—¿De nuestra entrevista? precisamente.

—Caballero, ya dije á mi hermano...

—Todo lo sé, oí sus palabras y ellas me han obligado á tomar mis precauciones, para asegurar en todo caso su silencio.

—¿Mi silencio? Explíquese V.

—Todavía no es tiempo. Antes voy á hacerle una proposicion. Luisa ¿quiere V. ser mi esperanza, mi felicidad, ó mi mortal enemiga?

—¿Cómo!

—V. tiene una hija... perdone que le hable así; es preciso entendernos franca y prontamente. V. tiene una hija cuyo nacimiento es un misterio.

—¿Mendoza!

—Quiere V. ser mi esposa, y mi nombre cubrirá la existencia de esa niña?

—¿Y ha podido V. suponer?...

—Yo nada supongo; refiero los hechos y nada mas.

—Pues bien, voy á contestar terminantemente. Aun cuando el padre de esa niña no fuera mi esposo, aunque mi corazon y mi mano fue-

sen libres, jamás aceptaria su amor de V., porque hay algo en su mirada, en su voz que me retrae y me espanta.

—Muy bien, dijo Mendoza con calma; ahora veo que he obrado acertadamente preparándome á la defensa.

—D. Pablo de Cisneros ha recibido mi fé en presencia de Dios, y si este matrimonio, por circunstancias especiales, es un secreto todavía, pronto dejará de serlo.

—¿Su esposo!

—Sí, caballero, contestó Luisa con altivez.

—¿V. casada...! nada importa; replicó Adrian dominando su despecho; pero por ahora yo aconsejo á V. que difiera esa declaracion.

—¿Y por qué?

—Porque el deshonor que atrae una causa criminal contra un hombre, cae siempre tambien sobre la que lleva su apellido.

—¿Pablo es inocente!

—Tal vez; pero la revelacion de tal matrimonio haria este proceso mas difícil y ruidoso.

—¡Oh! él no tiene nada que temer, porque, lo repito, es inocente.

—Pero como aparece culpado, como las circunstancias están contra él...

—Es que cuando se descubra al verdadero criminal...

—¿El verdadero criminal? ¿quién podrá probar cual es? murmuró Adrian con voz sombría.

—Nada queda oculto sobre la tierra, dijo Luisa con acento solemne y mirando fijamente á Mendoza, pues la turbacion de su hermano y el interés que aquel hombre manifestaba, le probaban claramente la verdad.

—Además, continuó Luisa despues de un instante de silencio; cuando yo hable á mi padre, cuando sepa que Pablo estuvo junto á mí y que no fué él solo quien se halló ayer tarde en el camino de Irache...

—V. no dirá nada de eso, señorita.

—¿Y quién podrá impedirlo?

—El temor de perder á Julio.

—¿A mi hermano?

—Sí.

—¿Cómo!

—Porque él tambien estaba en la alameda del molino.

—¡Dios mio! gritó la jóven estremecida por una idea terrible. ¡Los dos!...

—Sí, respondió Adrian friamente; los dos estuvimos juntos.

—¡Ah!

—Ya ve V. que para perderme, tendria que arrastrarle á él en mi caída.

—¡Oh! no me queda duda alguna; V. es el culpable de ese asesinato, V. solo.

—¡Yo, Luisa! gritó Adrian con un gesto amenazador; pero despues, conteniéndose rápidamente



mente, ¡qué delirio! murmuró con frialdad; ¿quién puede asegurarlo? sobre todo cuando nadie dirá que yo me hallaba en aquel sitio, porque V. sola lo vió, y creo firmemente que lo callará siempre.

—Luisa ocultó la frente entre sus manos y nada contestó.

Mendoza la miró un instante con aire de triunfo.

—Ya ve V., dijo al cabo, que cuando yo aseguraba que ninguna voz se alzaría para defender á Pablo Cisneros, me apoyaba en buenas razones.

La jóven, indignada ante tanto aplomo, alzó la cabeza mirando á Adrian con aire grave y severo:

—Mucho amo á Julio, exclamó; el golpe que le hiera desgarrará mi corazón; pero entre un hermano culpable y un esposo inocente, la elección no sería dudosa.

—Ya contaba yo con esa respuesta, replicó Mendoza lentamente: y por lo mismo había tomado mis precauciones, como ya dije antes.

—Explíquese V., pues no puedo entender...

—Luisa, si la hermana vacila, la madre no podrá titubear.

—¡Cómo! ¡cielos! ¡Mi Clara?...

—Está en lugar seguro, pero en mi poder, y su vida me responde del silencio de su madre.

—Eso no es posible. ¡Dios mío, Dios mío!

—Vaya V. á preguntar á Marta, y ella le dirá que la niña ha desaparecido hace una hora de su cabaña.

—Es V. un infame. ¡Oh! bien decía yo que este hombre era capaz de todo.

—Ahora, Luisa, me alejo tranquilo. Pero de una palabra, de una ligera indiscreción, me responde la vida de Clara.

—No, no: yo sabré buscarla; yo...

—V. puede delatarme, hacer que me reduzcan á prisión; pero si tal sucediera, su hija de usted moriría de hambre, de sed, porque á nadie revelaría el lugar donde acabo de ocultarla.

—¡Ay! esto es horrible, Dios mío, esto es horrible.

—Adiós, señorita.

—No, Adrian, no salga V. así. Yo callaré, olvidaré para siempre que le ví, pero en nombre del cielo, vuélvame V. á Clara.

—Cuando se concluya la causa empezada, entonces, Luisa, entonces lo haré.

—Es que mi hija necesita mis cuidados ó los de su nodriza; es que si está sola, tendrá frío, tendrá miedo; ¡porque es tan pequeña aun! Llorará, llamará y nadie irá á su lado. ¡Oh! caballero, V. no puede ser tan cruel que así quiera atormentar á una niña. Yo haré cuanto V. ordene, pero devuélvame á mi hija.

—Es imposible. Ya lo he dicho. Solo cuando

se haya pronunciado la sentencia de Pablo, ya sea favorable, ya adversa, revelaré á V. donde se halla; entonces, como aun tendrá V. el interés de callar, por no perder á su hermano, y sobre todo, como yo estaré muy lejos de aquí, podré hacerlo sin temor alguno.

—Pero...

—Entre tanto son inútiles sus ruegos y sus lágrimas, porque nada conseguirán de mí.

Mendoza salió y la jóven quedó sola y aterrada ante la nueva situación en que el destino la había colocado.

Un rayo de esperanza le quedaba todavía.

Adrian podría haber mentido y Clara permanecer aun al lado de la buena Marta.

¿No tenía él suficientes motivos para querer aterrarla y asegurar de este modo su silencio, por un día, por algunas horas?

Como respondiendo á este pensamiento y destruyendo toda idea de salvación, se oyó en la antesala una voz que preguntaba con afán por ella.

Era la voz de Marta.

—¡Señora, señora! gritó desesperada al entrar, la niña...

—Marta, no prosigas, todo lo sé.

—¡Cómo!

—¡Eran una verdad sus palabras! El miserable no me engañaba.

—Con que ya tenía V. noticia... entonces, loado sea Dios, porque sabrá su paradero.

—¡Ay! ¡ojala que lo ignorase!

—¿Pues cómo?

—Nada me preguntes.

—Pero la niña... ¿cuándo volverá á mi poder?

—¡Cuando Dios quiera!

—¡Cómo! ¿Usted la dejará perdida? pues bien; yo voy, yo preguntaré...

—No, no. Te prohibo hablar una palabra de esto.

—Entonces ¿qué puedo hacer?

—Llorar conmigo y rogar al cielo que la traiga á nuestros brazos.

La buena mujer que nada comprendía, pero que tampoco podía resignarse á esta extraña inacción en tan críticas circunstancias, miró á la jóven con admiración y salió de la estancia, manifestando en la apariencia conformarse con las órdenes de su señora, pero resuelta en su interior á hacer cuanto la fuese posible para descubrir el paradero de su amada Clara.

Luisa se encontró de nuevo sola.

—¡Virgen santa, dijo, inspiradme qué debo hacer, colocada entre tan distintos amores! ¿A quién preferiré? ¿á mi padre y á mi hermano? ¿á mi esposo y á mi hijo? ¡Oh! no sé, no sé, y solo Dios puede salvarnos á todos.



## CAPÍTULO XII.

Cuando D. Alonso terminó los tristes cuidados que en aquel día le ocuparon, recordó las palabras que se habían escapado de los labios de su hija, al saber la prisión de Pablo.

Su dolor, su asombro y el interés que manifestó por él, eran otros tantos motivos de sospecha para el tierno padre, que juzgó, con sobrada razón, que el corazón de Luisa amaba de un modo sincero y apasionado, al hombre que se presentaba ante sus ojos con todas las apariencias de un criminal.

Alarmado con esta idea quiso saber la verdad, é hizo llamar á la jóven, para que ella misma aclarase sus terribles dudas.

Luisa, pues, se presentó ante su padre, pero su aspecto, lejos de tranquilizar al anciano, solo consiguió aumentar su cruel ansiedad.

Su pobre hija estaba pálida, desfallecida, y sobre su frente inclinada, llevaba escrito el pesar que dominaba su alma.

—Acércate, Luisa, la dijo conmovido ante el abatimiento de la jóven; acércate: tengo que hablarte.

—Padre mio, murmuró ella con doliente acento; padre mio, ya escucho á V.

—Esta mañana, al saber la prisión de ese desgraciado, has manifestado un interés, que está muy lejos de merecer un hombre culpable.

—Es inocente, señor; es inocente; puedo jurarlo ante Dios.

—Por ventura ¿tú le conoces?

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

## ESPLICACION Y APLICACION DEL FIGURIN.

*Trajes de verano.*

Fig. 1.<sup>a</sup> Vestido de barés color de madera, adornado en el bajo de la falda, y á ambos lados de la costura de cada paño, con un pequeño encañonado de tafetan verde: el primero está colocado recto; los segundos forman ondas pequeñas: además de este adorno, lleva en cada costura un grueso cordon de seda verde.

Cuerpo de peto por delante, que tiene por detrás una pequeña aldeta postillon rodeada del mismo encañonado verde.

Mangas casi ajustadas y adornadas en la costura del codo con cordon y encañonado verdes.

Cuello pequeño y mangas con puños lisos, abrochados con grandes botones de oro y esmalte.

Chal de encaje *lama* negro.

Sombrero de tul blanco, adornado de bullo-nes y ramas de geraneo encarnado: el bavolet está formado por un bullon, y sobre este un lazo de cinta verde; el interior está adornado de un ramo de geraneo: bridas verdes.

Sombrilla verde, recortada en picos y rodeada de un fleco de seda torcida.

Guantes color gris claro.

Este traje es muy lindo para paseo y visitas de confianza: puede usarlo una señora mayor, por sus colores oscuros y admirablemente combinados: es igualmente gracioso para casada jóven, pero no nos parece propio para señorita á causa de su demasiada severidad.

Será tambien muy bonito, adornado con color de lila en vez del verde, y asimismo con tafetan azul celeste: pero la combinacion de este color con el de madera se ha hecho ya tan comun, que ha perdido el sello distinguido que antes tenia.

De todos modos hay que advertir que del color que sea el adorno del vestido, deben ser las cintas del sombrero.

Fig. 2.<sup>a</sup> *Traje de recibir*: vestido de tafetan azul emperatriz: al borde de la falda lleva este lindo traje un volante colocado en tablas bastante grandes; sobre cada una de ellas vá cosida una flor de encaje negro.

Cuerpo figaro por delante; de la espalda sale una aldeta postillon, cortada en tres puntas cuadradas. Este cuerpo está adornado en su derredor por un entredos de encaje Chantilly y una tirita de pasamanería que remata en bellotas.

Mangas ajustadas, un poco abiertas por la costura del codo y adornadas como el cuerpo.

Chaleco de muselina blanca, adornado en su parte inferior por un volantito de encaje Valenciennes y cerrado con pequeños botones de lienzo blanco.

Cuello y mangas interiores de batista, adornadas tambien con Valenciennes.

Redecilla adornada de encaje Chantilly y colocada muy adelante.

Este traje es de lo mas bonito y distinguido que podemos ofrecer á nuestras lectoras: hecho en alpaca blanca, cuero ó azul, sirve tambien para el campo; es á propósito para todas las edades, y su estrema sencillez le hace ser de muy módico coste, lo que es una de sus mas preciosas ventajas, porque pocos de su precio son tan esmerados y elegantes.

PAMELA.

Por todo lo no firmado,

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1864.—IMPRESA ESPAÑOLA, TORIJA, 14.